

HAY una forma de entender el problema del Tercer Mundo, que es la que generalmente se aplica, que está disfrazando la realidad y que incluso procede mentalmente del reformismo descolonizador. Consiste en aislarlo, en confinarlo, en definirlo dentro de sus propias condiciones (vivimos en una época con peligrosa manía de clasificaciones y de órdenes), como si fuera una realidad por sí mismo, consecuencia de unos factores geográficos y climatológicos, víctima de una especie de fatalidad. El propio nombre de Tercer Mundo, que muchas veces él mismo elige, aumenta esa sensación. La verdad, no es así. No hay unos países ricos y unos países pobres: hay unos países que son ricos porque otros son pobres, hay unos países pobres porque otros son ricos. Toynbee escribía en 1952 que desde hace cuatrocientos o quinientos años se enfrentan el mundo y Occidente: "No ha sido Occidente el que ha tenido que sufrir los asaltos del mundo, sino el mundo el que ha tenido que sufrir los asaltos de Occidente, que han sido terribles", y también: "Los pueblos no occidentales pueden diferir por la raza, la lengua, la civilización, la religión, pero estarán todos de acuerdo en un punto: si un occidental les pide su opinión sobre Occidente todos darán la misma respuesta (...), dirán todos que Occidente ha sido el gran agresor de los tiempos modernos, y cada pueblo podrá invocar sus propias experiencias para justificar este aserto". Concluía que Occidente está experimentando una experiencia nueva: sufrir por parte del mundo lo que el mundo ha sufrido desde hace siglos por parte de Occidente (Arnold J. Toynbee, "Le monde et l'occident", Ed. Gonthier, París). Occidente ha estado viviendo durante siglos de un pillaje y de una explotación sobre otros países. Esto sigue ocurriendo. Nuestra civilización está pensada con la calma y el tiempo libre que

Castro, en la ONU



Fidel Castro, en la ONU: espectacular y dramático.

MAS ALLA DE LA DEMAGOGIA

EDUARDO HARO TECGLÉN

nos deja el trabajo de los otros; nuestra sociedad de consumo, nuestro cada vez más relativo bienestar está apoyado en sus materias primas, en su riqueza natural. Su trabajo primario permite que se desarrolle nuestra técnica —desde las armas a la industria, pasando por la ideología y las artes—, que a su vez sirven para mejorar las condiciones de explotación, para frenar las rebeliones, para contener en su desarrollo a los países del Tercer Mundo. No hay una división auténtica: hay un todo orgánico que está funcionando así, que se ha asentado así, y que ahora está en riesgo de desaparecer. Occidente, como decía Toynbee, está sufriendo por primera vez los asaltos del Tercer Mundo. La actual crisis económica es una parte de esa respuesta, y hay todo un juego de sistemas económicos, financieros, mili-

tares y políticos con los que Occidente trata, a su vez, de responder.

El discurso de Fidel Castro en las Naciones Unidas, espectacular y dramático como lo es la esencia misma del orador y de la nueva morfología política de Cuba, pone de manifiesto al mismo tiempo la situación secular y la amenaza de respuesta. Es fácil decir que es una pieza demagógica y un acto de propaganda. Ciertamente tiene todos esos contenidos: es algo que comporta la misma tribuna de la Asamblea General, y nadie que hable desde ella —empezando por Wojtyła— se sustrae al ímpetu propagandístico y la elaboración de su propia imagen. La realidad es que Castro ha ido bastante más allá de la demagogia. Hay que descontar que Fidel Castro es, ante todo, el representante de una nación enormemente peculiar por su con-

dición única en Latinoamérica y su proximidad a los Estados Unidos, y por la experiencia social que está tratando de desarrollar; hay que descontar, también, su íntima alianza con la Unión Soviética y la colaboración que mantiene con ella en todos los asuntos relacionados con el Tercer Mundo. Lo que importa es que hace poco más de un mes Fidel Castro reunió en La Habana a los países subdesarrollados —con el impropio nombre de No Alineados; tan impropio como el de Tercer Mundo, por lo menos— y consiguió sujetar las distintas tendencias en torno suyo; y que ahora puede llevar esa voz a las Naciones Unidas, que es tanto como decir que al mundo entero. La moderación en que ha basado su discurso es, sobre todo, una moderación de lenguaje —tan distinto del que empleó en 1960 en la misma tribuna;

como distintas son, también, las condiciones de su estancia en Nueva York, y la situación más abierta de Cuba en el mundo—; pero el contenido obedece concretamente a las conclusiones generales de La Habana. Pero sin renunciar a la profecía apocalíptica: "Hemos venido a hablar de paz y de colaboración entre los pueblos, y hemos venido a advertir que si no resolvemos pacífica y sabiamente las injusticias y las desigualdades actuales, el futuro será apocalíptico". Hay cuatrocientos o cuatrocientos cincuenta mi-

No pueden matar tampoco la justa rebeldía de los pueblos y en el holocausto morirán también los ricos, que son los que más tienen que perder en este mundo".

La propuesta de Castro a las Naciones Unidas es bastante concreta. Se trata de que los 300.000 millones de dólares anuales que se gastan al año en presupuestos militares se entreguen al Tercer Mundo a razón de 25.000 millones al año (con el valor constante de ahora), administrados por la comunidad internacional, y distribuidos en

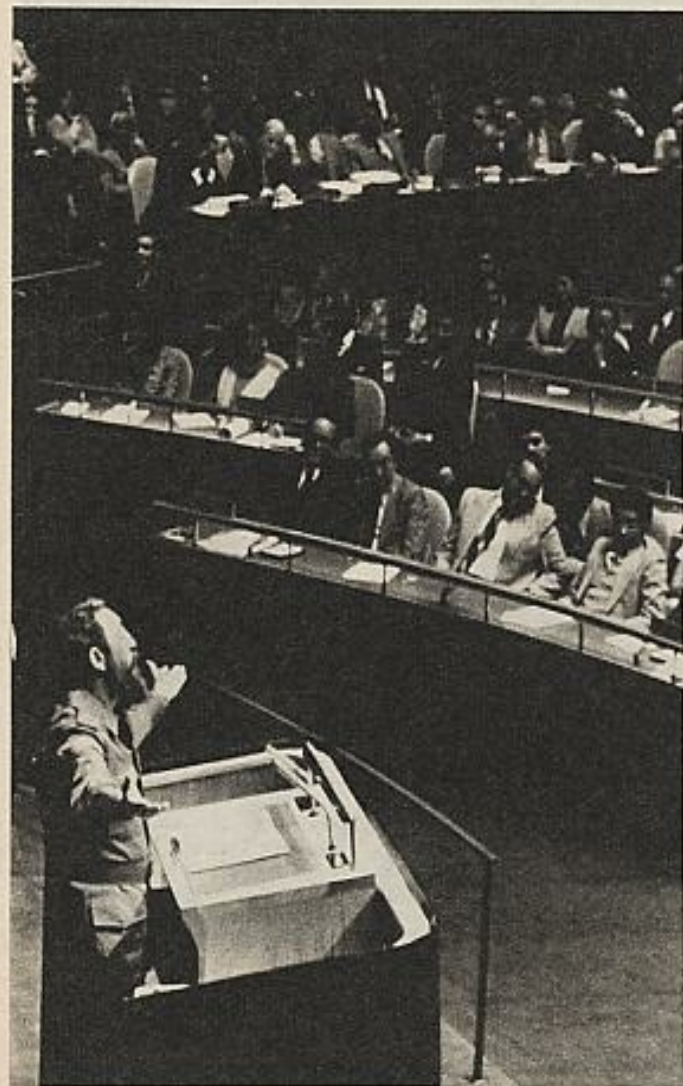
300 millones de personas, ó 30.000 hospitales con 18 millones de camas. Todo ello, según Castro, funcionaría mejor que la construcción de un "nuevo orden económico" que sólo tiene carácter especulativo.

No va a funcionar. Ni los países ricos entregarán jamás esa cantidad, ni renunciarán a sus presupuestos militares. Aunque los entregaran en la forma prevista por Castro, probablemente no resolverían la situación. La única realidad resolutoria sería la de pagar las primeras materias que se extraen de los países explotados a precios reales, y no dependientes de la manipulación del mercado, y excluir de la extracción, la manipulación y la conversión en productos industriales a las grandes compañías que se benefician de ello; en pagar la mano de obra a precios justos para el bienestar de quienes trabajan; en permitir que cada uno de los países del Tercer Mundo pudiera realizar su propio desarrollo industrial de forma coherente; en que los productos terminados que se envían a esos países tuvieran unos precios justos. Todo ello acompañado de un orden político. En los países empobrecidos, un reparto equitativo de la nueva riqueza —o bienestar, simplemente— en toda la población, y no ser acumulada por determinadas clases dirigentes, como está pasando con el petróleo. Y en los países desarrollados, con otro orden político que equilibrara el reparto de la nueva pobreza —o austeridad—, de manera que unas clases sociales no tuvieran que sufrir más que otras, como está empezando a suceder ya en la actual crisis, lo cual a su vez trae una serie de disturbios interiores en Occidente.

Naturalmente, que este programa, así esbozado, es tan utópico, en cuanto a sus posibilidades, como el enunciado por Fidel Castro. El nuevo orden económico y el sistema de "interdependencias" que denunció Castro

tendría como última base ese reparto de riqueza y pobreza, pero está paralizado por los límites de la imposibilidad. Incluso no se va por ese camino. La profundización de las relaciones entre China y Occidente, que ahora se aumenta con el viaje de Hua por Europa, ha privado a los países del Tercer Mundo de uno de sus medios de presión; la coexistencia con la Unión Soviética, que parece una condena del equilibrio del terror, podría también ser nociva para los países empobrecidos. Hay quien ve, incluso, el discurso de Castro como solamente una parte del gran todo que representan las relaciones entre Estados Unidos y la URSS: como un medio de presión para que la ratificación de las Salt II vaya adelante y los Estados Unidos y la URSS decidieran, para sí y para las naciones subordinadas, una reducción en los gastos de armamento. Es, naturalmente, mucho más que eso.

La cuestión es que ya hay un "apocalipsis ahora", como diría Frank Coppola. Desde hace años se está percibiendo la presión creciente del Tercer Mundo, y en varios extremos: desde las guerras ganadas —Argelia, Indochina, Corea, Vietnam...—, y las revoluciones triunfantes —Cuba, Irán, Nicaragua...—, hasta los precios de la energía y los graves mordiscos a la sociedad occidental, algunos de cuyos países, en tiempos imperiales, se van precipitando cada vez más hacia el abismo del Tercer Mundo. Porque simultáneamente a esas guerras ganadas, a esas revoluciones triunfantes, a esas victorias económicas, el Tercer Mundo no es capaz de salir de su abismo. Ni los antiguos ni los nuevos revolucionarios han logrado, hasta ahora, el equilibrio interno. El gran tema del asalto a Occidente, pendiente desde hace siglos, ha comenzado ya —había comenzado en 1952, cuando lo describía Toynbee— y puede tardar años, quizá siglos en resolverse. No se ve, por ahora, que ninguna de las fórmulas políticas encuentre el empuje necesario para evitar el apocalipsis. ■



Escuelas en vez de armas, con los 300.000 millones de dólares anuales dedicados a armamento.

lones de seres desnutridos en el mundo, y las bombas nucleares "podrán matar a los hambrientos, a los enfermos, a los ignorantes, pero no pueden matar el hambre, las enfermedades, la ignorancia.

cantidades de "absoluta igualdad". Con 300.000 millones de dólares se podrían construir en un año 70.000 escuelas para 400 millones de niños, ó 70 millones de viviendas confortables para